
Entrada Libre

La grandeza se encuentra a sí misma

W. H. Auden

Publicado en *Forewords and Afterwords (Prólogos y epílogos)*, Edward Mendelson (ed.), Nueva York, Vintage Books (V-887), 1973. Traducción de Arturo Acuña.

El doctor Erikson representa a esa feliz excepción del psicoanalista que comprende la diferencia entre una biografía y un caso histórico. Como terapia, el psicoanálisis se propone librar al paciente de la esclavitud de una conducta impersonal para devolverle capacidad sobre sus acciones personales. Una acción es el acto que permite a quien lo realiza descubrirse de modo voluntario ante los otros: la conducta es involuntaria y revela no a un ser único, sino que manifiesta aquellas necesidades naturales comunes a todos los hombres, o bien aquellos complejos diagnosticables que el paciente comparte con otros pacientes de su mismo tipo. Gracias al psicoanálisis, en nuestros días es de dominio público que, muy a menudo, cuando creemos actuar como nosotros mismos, en realidad exhibimos una conducta, y desenmascarar esta ilusión en sus pacientes es una de las tareas del analista.

Profesionalmente, por así decirlo, lo que le incumbe al analista y a lo que se enfrenta todos los días en su consultorio es a la conducta, no a las acciones. Pero al biógrafo le conciernen las acciones, aquellos acontecimientos en la vida de la persona que estudia que lo distinguen de la vida del resto de los seres humanos. Los estudios biográficos de grandes hombres hechos por psicoanalistas dejan a menudo en el lector la siguiente sensación: "Bueno, si eso es todo lo que le sucedió en la vida, ¿en qué reside su grandeza?" La mayoría de los hombres excepcionales que realizan acciones modificadoras del curso de la historia o pronuncian palabras que sobreviven a su muerte han mostrado, en situaciones límite de sus vidas, conductas en extremo neuróticas, pero su excepcionalidad no puede justificarse en términos de sus neurosis. Si Hölderlin, por ejemplo, no hubiese padecido de esquizofrenia, su poesía habría sido diferente —podría no haber escrito siquiera—, pero su esquizofrenia no nos explica por

Tanto a la crisis de "identidad" como a la de "procreación" les preocupan la libertad y la elección. A la crisis de "integridad" de la vejez le importan el destino y la necesidad

qué su poesía es espléndida ni por qué la reconocemos como de Hölderlin y no como la de algún otro poeta.

En su investigación de las crisis psicológicas en la vida de Lutero hasta los 43 años, el doctor Erikson jamás permite que sus conocimientos profesionales sobre la conducta neurótica lo lleven a perder la noción de que Lutero, la personalidad histórica, trasciende a Lutero el paciente. Al mismo tiempo, y muy adecuadamente con su formación, le da a su historia de Lutero el enfoque de un psicoanalista, no el de un teólogo, un economista político o un crítico literario.

Puesto que se trata de un libro de historia, la religión ocupará nuestra atención primordialmente como una fuente de ideologías para quienes buscan una identidad. Al describir el conflicto por la identidad en la juventud de un hombre excepcional, me interesan menos la validez de los dogmas entre los que se debate, o las filosofías que influyen en la conformación de su pensamiento, que la atmósfera espiritual e intelectual que los *ismos* de su época —esos *ismos* tenían que ser religiosos— ofrecían a su búsqueda apasionada.

... En este libro, por ideología debe entenderse una tendencia inconsciente que subyace a un pensamiento tanto religioso y científico como político: la tendencia en un momento determinado a hacer que los hechos se adecuen a las ideas, y las ideas a los hechos, con el propósito de crear una imagen del mundo suficientemente convincente como para sustentar un sentido de identidad individual y colectivo [...]. En algunos periodos de su historia, y en algunas fases del ciclo de su vida, el hombre requiere una nueva orientación ideológica de modo tan imprescindible como necesita de la luz del día y del aire que respira.

En la vida de aquellas personas que son dignas de una biografía suele haber, según el doctor Erikson, tres periodos de crisis psicológica: la de "identidad", la de "procreación" y la de "integridad". Para hablar en términos generales, estas crisis se presentan, respectivamente, en la juventud, la edad madura y la vejez, pero normalmente se entrecruzan y su intensidad y duración varían de persona a persona.

Durante la crisis de "identidad", el (o la) joven intenta encontrar una respuesta a la pregunta: "¿quién soy *en realidad*, independientemente de lo que otros creen que soy o les gustaría que fuera?" Ésta es una crisis de conocimiento. La de "procreación" es una crisis de conciencia. Esta vez varía la pregunta para la que se busca una respuesta: "He hecho esto y aquello; mis actos han afectado a otros de este o de aquel modo. ¿He actuado bien o mal? ¿Puedo justificar la influencia que deliberadamente o por azar he ejercido sobre otros?" Tanto a la crisis de "identidad" como a la de "procreación" les preocupan la libertad y la elección. A la crisis de "integridad" de la vejez le importan el destino y la necesidad. Como lo plantea el doctor Erikson, esta crisis exige "la aceptación del propio ciclo de vida como el único, como algo que tenía que ser y que, por necesidad, no consintió sustituciones, el conocimiento de que una

vida individual es la coincidencia accidental de un solo ciclo de vida con un solo fragmento de historia”.

En *El joven Lutero*, el doctor Erikson traza el desarrollo de Lutero desde su juventud hasta el principio de su crisis de “procreación”, que empezó a angustiarse cuando se convirtió de soltero en esposo, en padre y en una personalidad pública mundialmente famosa. Un par de observaciones que hace el doctor Erikson permiten interpretar que él está convencido de que Lutero tuvo menos éxito para superar esta crisis del que tuvo para resolver su crisis de “identidad”, pero Erikson se ha limitado en su libro al estudio de esta última.

En una etapa posterior de su vida, Lutero solía referirse a sí mismo como al hijo de un campesino pobre. Esta alusión era en gran medida, como demuestra el doctor Erikson, una fantasía. Es cierto que Hans Luder era de origen campesino, pero abandonó la agricultura para hacerse minero.

La vida de un minero era dura en aquella época, pero honorable y reglamentada con mesura. El derecho romano no había influido en la legislación laboral minera; lejos de ser un trabajo esclavo, la minería gozaba de una dignidad autorregulada, con una jornada máxima, códigos sanitarios y salarios mínimos. Al triunfar en la minería durante la época en que lo hizo, Hans Luder no sólo escapó a la proletarización de los campesinos sin tierra y de la mano de obra descalificada, sino que alcanzó una posición entre la clase de los administradores, accionistas de las minas y codirectivos de las fundiciones [...]. Por lo tanto, decir que Hans Luder era un campesino puede ser sólo muestra de sentimentalismo o desprecio. Él fue un precursor del pequeño industrial capitalista, primero al ganar lo suficiente como para invertir, y luego al proteger su inversión con una suerte de augusta fiereza. Cuando murió dejó una casa en la ciudad y 1,250 florines de oro.¹

Como la mayoría de los padres que han empezado a ascender en la sociedad, Hans Luder ambicionaba que su hijo pudiera llegar aún más lejos. Envío a Martín a estudiar a la Escuela de Latín y a la Universidad, y esperaba verlo convertido en un juriconsulto, y acaso hasta en alcalde.²

Los padres que alimentan ambiciones para sus hijos sólo por excepción son tolerantes con ellos, y en una cultura en la que el castigo corporal es el método normal de disciplina, los padres suelen ser generosos con el cinturón. Hans Luder era de temperamento violento, pero eso no quiere decir que fuese más sádico que cualquier padre común y corriente de su época. Es muy revelador el relato de su hijo sobre su reacción a una de las palizas que le propinó su padre. “Me alejé de él y en mi tristeza empecé a alimentar resentimientos en su contra, hasta que él poco a poco me fue acostumbrando de nuevo a su cercanía.” Esta frase, nos hace notar el doctor Erikson, revela dos tendencias en la relación entre padre e hijo. “Aunque muerto de pánico, Martín *no podía odiar realmente a su padre*, sólo conseguía entristecerse; y a su vez, Hans no permitía que su hijo se

Los padres que alimentan ambiciones para sus hijos sólo por excepción son tolerantes con ellos, y en una cultura en la que el castigo corporal es el método normal de disciplina, los padres suelen ser generosos con el cinturón

Mannel Navarra
del campo

El protestantismo se propuso sustituir la voz colectiva externa de la tradición por la voz interna de la conciencia individual, que como es interna al individuo, es su contemporánea

acercara, y se ponía a veces iracundo, pero *no podía permitir que su hijo se alejara por mucho tiempo.*"

La mayoría de los libros modernos sobre la crianza de los hijos advierten a los padres sobre el riesgo de proyectar sus propias ambiciones en sus hijos y sobre el peligro de exigirles altos estándares de rendimiento. En mi opinión esta advertencia se justifica sólo en aquellos casos en los que no hay ninguna proporción entre las ambiciones de los padres y los auténticos dones de los hijos. Si el niño es estúpido resulta obviamente dañino montar en cólera o avergonzarse porque el hijo no es el estudiante más brillante de su clase, del mismo modo que es un error obligar a un hijo con talento para la ingeniería, por ejemplo, a fatigarse en el negocio de abarrotes de la familia. Pero hay muchos otros casos en los que la ambición de los padres está plenamente justificada —si el niño es talentoso, talentoso en el sentido en que el padre cree que lo es. Diría, por experiencia propia, que en la mayoría de los casos son exitosos los hijos de padres que cultivaron ambiciones para ellos, y cualesquiera que hayan sido los conflictos y errores, los hijos reconocen al cabo de cierto tiempo que deben sus éxitos a los altos estándares de rendimiento que les exigió la educación familiar. Hans se equivocó al creer que su hijo Martín debía dedicarse a una carrera secular, pero con respecto a todo lo demás comprendió admirablemente bien el carácter de su hijo. Su hijo, cuando Martín estaba persuadido de lo contrario, que la vida célibe de un monje no era su vocación y que, con toda certeza, abandonaría a su debido tiempo el monasterio para casarse. Él esperaba ver a su hijo convertido en una personalidad exitosa de la vida pública, y Martín cumplió con ese deseo más allá de lo que pudo haber imaginado en sus más fantásticos sueños.

A la era protestante podría denominársele la era del Hijo Rebelde, sólo que fue una rebelión contra *los* padres más que contra el padre. El protestantismo se propuso sustituir la voz colectiva externa de la tradición por la voz interna de la conciencia individual, que como es interna al individuo, es su contemporánea. En religión, el protestantismo desplazó el énfasis en la razón humana, una facultad que tenemos en común con nuestros prójimos, y del cuerpo humano, capaz de compartir con otros cuerpos humanos en las mismas ceremonias litúrgicas, a la voluntad humana que es única y privada en cada individuo.

Puesto que esta interiorización de la conciencia paterna es un proceso que cada persona debe realizar por sí misma, en la era protestante el carácter y la conducta del padre adquirieron un significado mayor en la definición del desarrollo de un hijo del que solían tener en épocas previas, cuando ser padre era ser un miembro más del linaje de los padres. En un nivel menos consciente, el protestantismo implica un rechazo a la madre —rechazo no es lo mismo que rebelión. La doctrina o predestinación que hace aparecer los actos de la voluntad divina ante los ojos humanos como arbitrarios, transforma la noción de necesidad en un sinsentido, y niega por lo tanto todo significado espiritual al hecho de que nacemos del cuerpo de una madre al cabo de un ineludible proceso de la naturaleza.

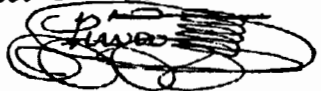
En su actitud hacia la carne, la doctrina protestante es, incluso en su versión más puritana, menos ascética que la doctrina católica,

precisamente porque le atribuye menos importancia espiritual a la carne. Independientemente de la opinión que uno pudiera tener en pro o en contra de la abstinencia y de la penitencia corporal, esos rituales indican la creencia de que el cuerpo está vinculado con el alma en la vida espiritual.

La doctrina de la santificación del hombre por la gracia divina niega implícitamente este vínculo, pues la carne, dominada por una necesidad natural, no puede ni tener fe ni carecer de ella, pero es mediante la carne, y por otros medios, como se realizan las obras.

Tanto durante su crisis de "identidad" como en su vida posterior, Lutero permaneció preocupado, de modo consciente, por la relación con su padre y con un Dios excesivamente viril, pero hay en su biografía muchos otros indicios que sugieren que su madre tuvo en su vida una ascendencia mucho más decisiva de lo que él mismo pareció darse cuenta. Sabemos poco de su madre, excepto que era una mujer increíblemente supersticiosa y de algún modo sumisa, y de quien se dice que solía atosigar a su pequeño hijo con este sonsonete: "Tú y yo no le importamos a nadie. Ésa es nuestra carencia común." Pero como dice el doctor Erikson, es extremadamente raro que una persona logre descubrir su identidad a menos que la relación con su madre durante la infancia haya sido básicamente de confianza. La carrera de Lutero indica que su infancia debió haber sido feliz y segura y que Hans Luder, como muchos otros padres, confió a su esposa el cuidado y la educación de Martín durante sus primeros años. Posteriormente, sin embargo, cuando Hans se ocupó personalmente de supervisar la disciplina de Martín, el carácter en extremo pasivo de la madre le impidió interponerse entre ambos para defender a su hijo cuando el padre actuaba con insensatez o con injusticia. Si es fiel el retrato que Cranach pintó de Lutero, el lazo de identidad entre Lutero y su madre tuvo que haber sido excepcionalmente íntimo, pues al menos en la tela Lutero parece una mujer madura. Sabemos, también, que en el curso de su vida Lutero fue poniéndose obeso, y una mujer regordeta parece siempre una combinación entre un niño pequeño y una mujer embarazada. Por lo tanto, independientemente de lo que pudieran diferir las opiniones sobre la teología de Lutero y sus acciones, nadie ha puesto jamás en duda el magistral dominio de su lengua materna, su talento como predicador para extraer "la leche" de la palabra. El propio Lutero dijo alguna vez: "Ustedes deben predicar del modo como una madre amamanta a su hijo." De las tres formas de la actividad humana —trabajar, fabricar y actuar— podría decirse que el trabajo es asexual, fabricar es femenino y actuar, masculino. La prédica es un arte, es decir, un don para la fábrica, no un modo de actuar; y todo lo que supone "hacer" imita a la maternidad, no a la paternidad. Resulta fascinante especular sobre cuál habría sido el destino de Lutero si su madre hubiese muerto durante su primera adolescencia. Mi conjetura es que en vez de convertirse en teólogo y en líder religioso, Lutero habría sido un notable escritor secular, quizá con una gran vena cómica, y seguramente no se habría convertido al protestantismo. Pero Papá no murió, así que el Papá se convirtió en el Anticristo, Nuestra Señora en una nulidad, y el único ideal femenino que le quedaba a Lutero por ofre-

De las tres formas de la actividad humana —trabajar, fabricar y actuar— podría decirse que el trabajo es asexual, fabricar es femenino y actuar, masculino. La prédica es un arte, es decir, un don para la fábrica, no un modo de actuar; y todo lo que supone "hacer" imita a la maternidad, no a la paternidad

Mariano Melabono


Así, se impuso superar a todos los demás monjes en fervor religioso y terminó por convertirse en el terror del confesionario, en un paradigma de escrupulosidad

cer era, como dice con ingenio el doctor Erikson, “mujeres que querían ser como pastores si es que no podían ser la esposa del pastor”.

El principio de la crisis de identidad de Lutero puede fecharse con precisión. El 2 de junio de 1505, a la edad de 17 años, Lutero quedó atrapado en una tempestad de rayos y centellas. Lo cegó el resplandor de un rayo antes de caer a tierra, muy cerca de donde estaba. Aterrado, imploró a gritos: “¡Ayúdame, Santa Ana! (la santa patrona de los mineros). ¡Quiero hacerme monje!” Poco después dijo a sus amigos que se sentía comprometido a entrar en un monasterio, pero no lo dijo a su padre. Esta decisión es un ejemplo claro de la adopción de una máscara para un ensayo. (El doctor Erikson la compara a la decisión de Freud de convertirse en un investigador de la neurología.) En esa época era totalmente natural que un hombre joven tomara la decisión de entrar a un monasterio.

Hacerse monje significaba tan sólo acceder, en un determinado nivel profesional, a la jerarquía de empleados clericales del Imperio católico, que incluía entre sus tareas la diplomacia, la administración de la seguridad social en países, condados, ciudades y pueblos, el ministerio espiritual y el culto más o menos ascético de la salvación personal [...]. Cuando Martín ingresó a la orden de los agustinos se convirtió en parte de esa clase media clerical que correspondía a (y se entrecruzaba con) la clase social en la que su padre quería que Martín encontrara una sólida posición.

Semejante decisión tampoco constituía un paso irrevocable. Renunciar a los claustros era siempre posible a condición de abandonar discretamente el monasterio.

Racionalmente, el disgusto de su padre no se justificaba, pero instintivamente Hans acertaba al suponer que su hijo cometía un error en el que además perseveraba como una muestra de desprecio.

El voto final implicaría que Martín sería otro siervo del Padre y que jamás sería el padre de los nietos de Hans. Ordenarse sacerdote conferiría a su hijo las funciones ceremoniales de un padre espiritual, un guardián de las almas y un guía de la eternidad, y desplazaría la condición de su padre natural a un estatuto meramente físico.

Como puede suponerse, el problema empezó en cuanto Martín entró en el monasterio. De modo consciente, Lutero se había propuesto probarse a sí mismo y a su padre que había tomado la decisión correcta, pero él sabía inconscientemente que la vida monacal no era su vocación. Así, se impuso superar a todos los demás monjes en fervor religioso y terminó por convertirse en el terror del confesionario, en un paradigma de escrupulosidad. A sus veintitantos años ocurrió un acontecimiento que muestra lo cerca que estuvo del desastre. Un día, en el coro del monasterio, se desplomó repentinamente y, tendido en el piso, bramó con una voz como de toro: “¡Ich bin's nit!” (“¡No soy yo!”). El azar, o la Divina Providencia, o ambos,


lo salvaron: se le transfirió al monasterio de Wittenberg y ahí conoció al doctor Staupitz, vicario general de esa provincia. Staupitz no era particularmente brillante, pero se encariñó con Lutero como con un hijo, y por primera vez en su vida este último recibió de un hombre maduro el trato que se reserva a una persona importante. Por añadidura, al alentarle a dictar conferencias y a predicar, Staupitz despertó los talentos genuinos de Lutero. Cualesquiera que hayan sido los conflictos internos que continuaron atormentándolo, en adelante su ego recibió la satisfacción de comprobar que había algo en esta vida que él podía hacer admirablemente bien. Predicar ante un auditorio le ayudó además a sublimar sus conflictos personales; aprendió a verlos no como muestras de sus peculiaridades sino como conflictos representativos de las angustias espirituales de su época. Un joven ha descubierto su auténtica identidad cuando se vuelve capaz de afirmar que le pertenecen sus acciones y sus pensamientos. Si es un joven excepcional, esas reflexiones y esos actos serán también excepcionales, públicamente reconocidos como novedosos y revolucionarios. Así, Freud se convirtió en Freud cuando pudo formular la idea del complejo de Edipo; Darwin se transformó en Darwin cuando aseguró que las especies superiores debieron haber evolucionado de las inferiores; Lutero se hizo Lutero cuando creyó escuchar la auténtica voz de Dios en la frase de san Pablo: "Los justos deben vivir por la fe." Desde luego que fascina enterarse de que esta revelación lo visitó en una habitación tan privada, pero no me parece del todo sorprendente. Debe haber muchas personas a quienes algún hallazgo religioso, intelectual o artístico los ha sorprendido en un lugar tan íntimo, pues la excreción es tanto el acto creativo original —cada niño es la madre de sus propias heces— como el acto original de revuelta y repudio del pasado —lo que fue alguna vez un alimento sagrado se ha convertido en una inmundicia, y debe ser arrojado—. De entonces en adelante, Lutero se convirtió en el dueño de su propio destino.

El libro del doctor Erikson contiene tantas y tan sabias reflexiones, no sólo sobre Lutero sino sobre la vida humana, que ninguna selección de citas podría hacerle justicia: es necesario leerlo completo. Para mí es particularmente iluminador e importante porque creo que la era protestante, es decir, la era en la que el protestantismo (con p minúscula) fue la ideología dominante, mientras que la ideología católica fue la oposición beligerante y proscrita, ha concluido ahora, y que hemos entrado en una era católica en la que se han invertido las posturas relativas de ambas ideologías porque se ha modificado la naturaleza actual de la crisis de identidad individual y colectiva, a causa precisamente del éxito de todas las formas del protestantismo. La solución a nuestros problemas no podría hallarse en un acercamiento al protestantismo porque es precisamente el protestantismo el que los ha causado.

En términos de historia religiosa, la conversión de Newman a la iglesia romana en 1845 señala el principio de nuestra era. La doctrina cristiana en la que el protestantismo pone mayor énfasis es la que afirma que cada ser humano, independientemente de su procedencia familiar, su clase social o su ocupación, posee una singularidad ante Dios. A su vez, la doctrina cristiana complementaria y

Creo que la era protestante, es decir, la era en la que el protestantismo (con p minúscula) fue la ideología dominante, mientras que la ideología católica fue la oposición beligerante y proscrita, ha concluido ahora, y que hemos entrado en una era católica en la que se han invertido las posturas relativas de ambas ideologías porque se ha modificado la naturaleza actual de la crisis de identidad individual y colectiva, a causa precisamente del éxito de todas las formas del protestantismo

*S. do J
Lic. Lorentz
de Wittenberg*



Ya sea que uno reflexione sobre uno mismo, sobre sus amigos y vecinos, o sobre la historia de los últimos cien años, todo parece indicar que la principal amenaza al sentido de identidad consiste en que hoy ya no creemos en (ni aceptamos a) los otros. De ahí el éxito aterrador de los diversos movimientos totalitarios, pues la perversidad sólo puede seducirnos porque ofrece falsas soluciones a necesidades reales

equivalente, y en la que el catolicismo pone mayor énfasis, es la que postula que todos somos miembros, uno por uno, tanto de la ciudad terrenal como de la ciudad paradisiaca.

O también podría decirse que al conjugar el tiempo presente del verbo *ser*, el catolicismo se concentra en el plural, y el protestantismo en el singular. Pero la existencia humana auténtica exige que se le otorguen un significado y un valor idénticos tanto al singular como al plural, a las tres personas y a los tres géneros. Desde este punto de vista, el protestantismo tiene razón al afirmar que el *nosotros somos* de la sociedad expresará una falsa identidad a menos que cada uno de sus integrantes sea capaz de afirmar *yo soy*; a su vez, el catolicismo está en lo correcto al sostener que el individuo que no puede o no acierte a asociarse con otros para decir *nosotros*, tampoco conoce el significado de *yo soy*.

Ya sea que uno reflexione sobre uno mismo, sobre sus amigos y vecinos, o sobre la historia de los últimos cien años, todo parece indicar que la principal amenaza al sentido de identidad consiste en que hoy ya no creemos en (ni aceptamos a) los otros. De ahí el éxito aterrador de los diversos movimientos totalitarios, pues la perversidad sólo puede seducirnos porque ofrece falsas soluciones a necesidades reales, entre las que se encuentra la necesidad de una autoridad personal tanto para obedecer como para ordenar (la fuerza es impersonal y totalmente perversa). La función contemporánea del protestantismo no consiste en resolver nuestros problemas sino en prevenirlos y en oponerse a todas las soluciones aparentes, falsas, católicas, y en recordarnos que la comunidad cristiana sólo puede realizarse por medio de la voluntad que cada individuo luterano demuestre para crearla. Cuando digo comunidad católica no me refiero al cristianismo del siglo XIII, ni cuando hablo de individuo luterano imagino a un luterano del siglo XVI: como lo ha advertido Lichtenburg, existe “una gran diferencia entre creer *aún* en algo y creer *de nuevo* en algo”.

Notas

¹ Auden alude en realidad al *gulden* de oro, unidad monetaria de Holanda en aquella época. (N. del t.)

² En el original dice *burgomaster*, que habitualmente se traduce como “burgomaestre” y que tiene un significado muy diverso del que propongo en la traducción. María Moliner recuerda que en ciertos sitios como Alemania, Suiza o los Países Bajos, esta palabra designaba en realidad al alcalde (Moliner, 1981, vol. 1, p. 430; también *Simon and Shuster's*, 1973, p. 86). (N. del t.)

Jose Joaquin del Pino

